

II

ALEGRÍA PREPARATORIA

Laigle de Meaux, como sabe el lector, vivía más en casa de Joly que en otra parte. Tenía una casa como el pájaro tiene una rama. Los dos amigos vivían juntos, comían juntos y dormían juntos. Todo les era común, hasta Musichetta: eran lo que los hermanos Chapeaux llaman un *bini*. La mañana del 5 de junio se fueron á almorzar á Corinto. Joly estaba constipado; tenía un fuerte coriza, del cual empezaba á participar Laigle. La levita de Laigle estaba ya muy usada, pero Joly iba bien puesto.

Eran cerca de las nueve de la mañana cuando abrieron la puerta de Corinto.

Subieron al primer piso.
Matelote y Gibelote los recibieron.

—Ostras, queso y jamón,—dijo Laigle.

Y se sentaron á una mesa.

La taberna estaba vacía: estaban solos.

Gibelote, conociendo á Laigle y á Joly, puso una botella de vino sobre la mesa.

Cuando estaban aún comiendo las primeras ostras, apareció una cabeza en la escotilla de la escalera, y se oyó una voz que decía:

—Pasaba por ahí: he sentido desde la calle un delicioso olor á queso de Brie y he subido.

Era Grantaire.

Grantaire cogió un taburete y se sentó.

Gibelote, viéndole, puso dos botellas en la mesa.

De modo que ya eran tres.

—¿Vas á beberte esas dos botellas?—preguntó Laigle á Grantaire.

Y éste respondió:

—Todos son ingeniosos: tú sólo eres ingenuo. Dos botellas no asustan nunca á un hombre.

Los otros habían empezado á comer; Grantaire empezó por beber, y se tragó en seguida media botella.

—¿Tienes algún agujero en el estómago?—preguntó Laigle.

—Tú le tienes en el codo,—contestó Grantaire.

Y después de haber vaciado su vaso, añadió:

—¡Ah, Laigle de las oraciones fúnebres! Tu levita está muy vieja.

—Lo creo,—respondió Laigle.—Eso hace que hagamos buenas migas mi levita y yo: ella ha tomado todos mis pliegues y no me incomoda nada; se ha amoldado á mis deformidades y se presta con facilidad á todos mis movimientos; no la siento sino porque me abriga. Las levitas viejas son lo mismo que los amigos antiguos.

—Es verdad,—exclamó Joly entrando en la conversación;—una levita vieja es un abrigo viejo.

—Sobre todo,—dijo Grantaire,—para la boca de un hombre constipado.

—Grantaire,—preguntó Laigle,—¿vienes del boulevard?

—No.

—Joly y yo acabamos de ver pasar la cabeza del entierro.

—Es un espectáculo maravilloso,—dijo Joly.

—¡Qué tranquila está esta calle!—exclamó Laigle.

—¿Quién sospecharía aquí que París está tan agitado? ¡Cómo se conoce que antes todo esto eran conventos! Du Breul, Sauval y el abate Lebeuf traen la lista de los que había. Los había en todo alrededor; aquí hormigueaban calzados, descalzos, tonsurados, barbudos, grises, negros, blancos, franciscanos, mínimos, capuchinos, carmelitas, pequeños agustinos, grandes agustinos, viejos agustinos... Pululaban.

—No hablemos de frailes,—dijo Grantaire.

Y después exclamó:

—¡Bah! Acabo de tragar una ostra mala; ya me acomete la hipocondría. Las ostras están podridas y las criadas son feas. Odio á la especie humana. Acabo de pasar por la calle de Richelieu, por delante de la gran librería pública; aquel montón de conchas de ostras, que se llama una biblioteca, me quita la gana de pensar. ¡Cuánto papel! ¡Cuánta tinta! ¡Cuántos garabatos! ¡Todo eso se ha escrito! ¡Qué necio ha sido el que ha dicho que el hombre es un bípedo sin pluma! Después he encontrado una joven que me conocía, bella como la primavera, digna de llamarse Floreal, y entusiasmada, alegre, feliz como un ángel, la miserable, porque ayer un espantoso banquero, pintado de viruelas, se ha dignado solicitarla. ¡Ay! La mujer acecha al negociante lo mismo que al pollo; las gatas cazan lo mismo á los ratones que á los pájaros. Esta doncella no hace aún dos meses era honesta en su buhardilla; ajustaba circuitos de cobre á los agujeros de un corsé. ¿Cómo llamáis eso? Cosía, tenía una cama de tijera, vivía al lado de un tiesto de flores, estaba contenta. Ahora está hecha una banquera: esta transformación se ha hecho esta noche. Por la mañana he encontrado á esa víctima muy alegre; y lo más horrible es que esa

pícaro es hoy tan bonita como ayer. Su banquero no se traslucía en su rostro. Las rosas tienen esta propiedad, de más ó de menos, comparadas con las mujeres; las huellas que las causan los insectos son visibles. ¡Ah! No hay moral en la tierra; y pongo por testigo al mirlo, símbolo del amor; al laurel, símbolo de la guerra; al olivo, ese borrico, símbolo de la paz; al manzano, que supo perder á Adán con su fruto, y á la higuera, abuela de las faldas. En cuanto al derecho, ¿queréis saber lo que es el derecho? Los galos codician á Clusio; Roma protege á Clusio, y les pregunta:—¿Qué mal os ha hecho Clusio?—Breno responde:—El mal que os ha hecho Alba, el mal que os ha hecho Fidena, el mal que os han hecho los equos, los volscos y los sabinos, que eran vuestros vecinos. Los clusianos son los nuestros; nosotros entendemos la vecindad como vosotros. Vosotros habéis robado á Alba; nosotros tomamos á Clusio.—Roma dice:—Pues no tomaréis á Clusio.—Breno tomó á Roma, y después gritó: *Væ victis!* Esto es el derecho. ¡Ah! En este mundo no hay más que aves de rapiña ¡águilas! ¡águilas! Yo tengo carne de gallina.

Y alargó un vaso á Joly que se lo llenó; se lo bebió, y prosiguió, sin detenerse casi por este vaso de vino, en que nadie se fijó, ni aún él mismo:

—Breno, tomando á Roma, es un águila; el banquero que toma á una griseta, es un águila. No hay más pudor aquí que allí. No creemos, pues, en nada; no hay más que una realidad: beber. Cualquiera que sea vuestra opinión, ya estéis por el gallo flaco, como el cantón de Uri, ó por el gallo gordo, como el cantón de Claris, poco importa; bebed. Me habláis del boulevard, del acompañamiento, etc. ¡Qué! ¿Va á haber otra revolución? Lo que vosotros llamáis progreso, marcha por dos motores: los hombres y los sucesos. Pero, ¡cosa

triste! De tiempo en tiempo, lo excepcional es necesario. Para los sucesos, como para los hombres, la tropa ordinaria no basta; es preciso que haya genios entre los hombres, y revoluciones entre los sucesos. Los grandes accidentes son la ley: el orden de las cosas no puede pasarse sin ellos; y al ver las apariciones de los cometas, está uno dispuesto á creer que hasta el cielo tiene necesidad de actores en representación. En el momento en que menos se espera, Dios hace aparecer un meteoro en el firmamento; se presenta alguna estrella caprichosa subrayada por una enorme cola. Y esto hace morir á César. Bruto le da una puñalada y la estrella un cometazo. Crac; ahí está una aurora boreal, una revolución, un gran hombre: 1793, escrito en gruesos caracteres: Napoleón en acecho, el cometa de 1811 en lo alto del cartel. ¡Ah! ¡Ese hermoso cartel azul, tachonado de repentinas exhalaciones! ¡Bom! ¡Bom! Espectáculo extraordinario. Alzad los ojos, papanatas; todo es descabellado; el astro, lo mismo que el drama. Al ver el destino humano gastado ya, y aún el destino real que enseña la trama, como lo demuestra el príncipe de Condé ahorcado; al ver el invierno que no es más que un rasgón en el cielo por donde sopla el viento; al ver tantos harapos aún en la púrpura nueva de la mañana en el vértice de una colina; al ver las gotas de rocío, esas perlas falsas; al ver la escarcha, ese estras; al ver la humanidad descosida y los sucesos remendados, y tantas manchas en el sol, y tantos agujeros en la luna; al ver tanta miseria en todas partes, supongo que el universo no es rico. Hay apariencia de riqueza, es verdad; pero yo descubro la pequeñez. Se da una revolución como un negociante, cuya caja está vacía, da un baile; y no se debe juzgar á los dioses por las apariencias. Bajo el oro del cielo descubro un universo pobre; la crea-

ción está en quiebra; por eso estoy descontento. Mirad, hoy es el 5 de junio y está el día como si fuera de noche; desde esta mañana estoy esperando que venga el día y no ha venido, y apuesto á que no vendrá; esto es una inexactitud de un dependiente mal pagado. Sí, todo está mal arreglado; nada se ajusta bien; este viejo mundo está desechado; me coloco en la oposición. Todo marcha al revés; el universo va tropezando; sucede lo que con los niños, los que los desean, no los tienen; los que no los desean, los tienen. Total: esto es una pepitoria. Además, Laigle de Meaux, ese calvo, me entristece cuando le miro; me humilla el pensar que soy de la misma edad que esta rodilla. Yo critico, pero no insulto: el universo es lo que es; hablo aquí sin mala intención, por lo que me dice mi conciencia. ¡Ah! Por todos los santos del Olimpo y por todos los dioses del Paraíso, yo no nací para parisiense, es decir, para estar dando vueltas siempre como un volante entre dos manoplas, desde el grupo de los ociosos al grupo de los revoltosos. Yo nací para ser turco, para estar mirando todo el día á las gracias orientales en esos bailes del Egipto, lúbricos como los sueños de un hombre casto, ó aldeano beaucerón, ó gentil-hombre veneciano, rodeado de gentiles hembras, ó principillo alemán, contribuyendo con medio soldado á la Confederación germánica, y empleando sus ocios en secar sus calcetas en un seto; es decir, en su frontera. Para una de esas cosas he nacido yo. Sí, he dicho turco y no me desdigo. No comprendo que se hable mal de los turcos habitualmente: Mahoma tiene cosas buenas: ¡respeto al inventor de los serrillos de huries y de los paraísos de odaliscas! No insultemos al mahometismo, única religión que está adornada de un gallinero. Insisto sobre esto para beber. La tierra es una gran tontuna. Parece que van

á pelear todos esos imbéciles, á romperse las narices, á matarse en pleno estío; en el mes de junio, cuando podrían irse con una joven criatura del brazo á respirar en los campos la inmensa taza de te del heno segado. Es verdad que se hacen muchas necedades. Una vieja linterna rota que acabo de ver en una prendería, me sugiere una reflexión. Ya es tiempo de iluminar al género humano. Sí, ya estoy triste otra vez. ¡Lo que es comer una ostra y encontrarse con una revolución! Me vuelvo lúgubre. ¡Oh! ¡Horrible viejo mundo! ¡En él todos se esfuerzan, se destituyen, se prostituyen, se matan, se acostumbran!

Y Grantaire, después de este trozo de elocuencia, tuvo otro de tos merecido.

—A propósito de revolución,—dijo Joly;—parece que Mario está decididamente enamorado.

—¿Se sabe de quién?—preguntó Laigle.

—No.

—¿No?

—Te digo que no.

—¡Los amores de Mario!—exclamó Grantaire.—

Los veo desde aquí. Mario es una niebla y habrá encontrado un vapor: es de la raza de los poetas, y quien dice poeta, dice loco. *Thymbræus Apollo*. Mario y su María, ó su Marieta, ó su Mariquita, deben ser unos pícaros amantes. Me explico lo que es este amor: un éxtasis en que se olvida el beso; castos sobre la tierra, pero uniéndose en el infinito: son almas que tienen sentidos: duermen juntos en las estrellas.

Grantaire empezaba su segunda botella, y tal vez su segunda arenga, cuando se presentó un nuevo ser en la escotilla de la escalera. Era un muchacho de menos de diez años, harapos, muy pequeño, amarillo, boca grande, los ojos vivos, enormemente cabelludo, mojado por la lluvia, alegre.

Este niño, eligiendo sin dudar entre los tres, aunque evidentemente no conocía á ninguno, se dirigió á Laigle de Meaux.

—¿Sois el señor Bossuet?—le preguntó.

—Ese es mi sobrenombre,—respondió Laigle.—

¿Qué me quieres?

—Esto. Uno muy rubio me ha dicho en el boulevard:—¿Conoces á la tía Hucheloup? Y yo he dicho:—Sí, en la calle de la Chanvrerie, la viuda del viejo. Y me ha dicho:—Pues ve: allí encontrarás al señor Bossuet, y le dirás de mi parte:—A B C. ¿Es una burla, no es verdad? Me ha dado diez sueldos.

—Joly, préstame diez sueldos,—dijo Laigle; y volviéndose hacia Grantaire:—Grantaire, préstame diez sueldos.

Lo cual hizo veinte sueldos, que Laigle dió al muchacho.

—Gracias, señor,—dijo éste.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó Laigle.

—Navet, el amigo de Gavroche.

—Quédate con nosotros,—dijo Laigle.

—Almuerza con nosotros,—dijo Grantaire.

El muchacho respondió:

—No puedo; soy del acompañamiento; soy el que va gritando: ¡Abajo Polignac!

Y sacando el pie todo lo que podía por detrás de sí, que es el saludo más respetuoso, se fué.

Cuando se marchó el muchacho, Grantaire tomó la palabra:

—Ese es el pilluelo puro: hay muchas variedades en el género pilluelo. El pilluelo escribano, se llama salta-arroyos; el pilluelo cocinero, se llama marmitón; el pilluelo panadero, se llama mitrón; el pilluelo lacayo, se llama groom; el pilluelo soldado, se llama granuja; el pilluelo pintor, se llama aprendiz;

el pilluelo negociante, se llama hortera; el pilluelo cortesano, se llama menino.

Mientras tanto Laigle estaba meditando:

—A B C, es decir, entierro de Lamarque.

—El muy rubio,—dijo Grantaire;—es Enjolras que te llama.

—¿Iremos?—dijo Bossuet.

—Llueve,—dijo Joly,—y yo he jurado ir al fuego y no al agua. No quiero constiparme.

—Yo me quedo aquí,—dijo Grantaire:—prefero un almuerzo á un entierro.

—Conclusión: nos quedamos,—añadió Laigle.— Pues entonces bebamos: puede faltarse al entierro sin faltar al motín.

—¡Ah! Al motín no faltaré yo,—exclamó Joly.

Laigle se frotó las manos.

—Vamos á retocar la revolución de 1830. La verdad es que oprime al pueblo en las articulaciones.

—Nada me importa vuestra revolución,—dijo Grantaire.—Yo no execro á ese gobierno; es la corona atemperada por el gorro de algodón; un cetro terminado en un paraguas; pienso en ella hoy por el tiempo que hace; Luis Felipe podrá utilizar su realismo con dos fines: dirigir un extremo del cetro contra el pueblo, y abrir el extremo paraguas contra el cielo.

La sala estaba oscura; gruesas nubes habían acabado de suprimir el día. No había nadie en la taberna ni en la calle; todo el mundo había ido á ver «los sucesos».

—¿Es medio día ó media noche?—preguntó Bossuet.—No se ve gota. Gibelote: ¡una luz!

Grantaire, entristecido, seguía bebiendo.

—Enjolras me desprecia,—murmuró.—Enjolras ha dicho: Joly está malo, Grantaire borracho, y ha enviado á Navet para que busque á Bossuet. Si hu-

biera venido á llamarme á mí, le habría seguido. ¡Tanto peor para Enjolras! No iré á su entierro.

Tomada esta resolución, Bossuet, Joly y Grantaire no se movieron de la taberna. Hacia las dos de la tarde, la mesa á que estaban sentados se veía cubierta de botellas vacías. Ardían sobre ella dos velas, una en un candelero de cobre perfectamente verde y la otra en el cuello de una botella rota. Grantaire había arrastrado á Joly y á Bossuet al vino, y Bossuet y Joly habían hecho ponerse alegre á Grantaire.

En cuanto á éste, desde las doce había pasado más allá del vino, pobre origen de ensueños. El vino en los borrachos serios es siempre alegre. En la embriaguez hay la magia blanca y la magia negra: el vino no es más que la magia blanca. Grantaire era un atrevido bebedor de sueños. Las tinieblas de una embriaguez terrible entreabierta delante de él, lejos de detenerle, le atraían: había dejado las botellas y tomado el chope; el chope es el abismo: no teniendo á mano ni opio, ni haschich, y queriendo llenarse el cerebro de obscuridad, había recurrido á esa horrible mezcla de aguardiente, de cerveza y de ajeno, que produce letargos tan terribles: de esos tres vapores, cerveza, aguardiente y ajeno, se hace el plomo del alma: son tres tinieblas en que se ahoga la mariposa celeste; y se forman en un humo membranoso, vagamente condensado en alas de murciélago, tres furias mudas: el Delirio, la Noche y la Muerte, revoloteando por cima del espíritu adormecido.

Grantaire no estaba aún en esta fase lúgubre; muy lejos de eso. Estaba muy alegre, y Bossuet y Joly le seguían; todos brindaban; Grantaire añadía, á la pronunciación excéntrica de las palabras y de las ideas, la divagación del gesto: apoyaba con dignidad el puño izquierdo sobre la rodilla, doblando en ángulo recto el brazo, con la corbata deshecha, á

caballo en un taburete, el vaso lleno en la mano derecha, y dirigía á la gruesa criada Matelote estas solemnes palabras:

—¡Que se abran las puertas de palacio! ¡Que todo el mundo sea de la Academia francesa y tenga el derecho de abrazar á la señora Hucheloup! ¡Bebamos! Y volviéndose hacia la tía Hucheloup, añadía:

—¡Mujer antigua y consagrada por el uso, acércate que yo te contemple!

Joly gritaba:

—Matelote y Gibelote, no deis más vino á Grantaire; se está comiendo locamente el dinero: desde esta mañana ha devorado dos francos y noventa y cinco céntimos.

Y Grantaire continuaba:

—¿Quién ha desclavado las estrellas sin mi permiso para ponerlas en la mesa por velas?

Bossuet, que estaba muy borracho, había conservado su calma. Se había sentado en el quicio de la ventana abierta, y la lluvia le mojaba la espalda, mientras contemplaba á sus dos amigos.

De repente oyó detrás de sí un tumulto, pasos precipitados, gritos de *¡á las armas!* Se volvió y descubrió en la calle de San Dionisio, en la esquina de la calle de la Chanvrerie, á Enjolras que pasaba con la carabina en la mano, á Gavroche con su pistola, á Feuilly con su sable, á Courfeyrac con su espada, á Juan Prouvaire con su mosquete, á Combeferre con su fusil, á Bahorel con su fusil, y todo el grupo armado y tumultuoso que les seguía.

La calle de la Chanvrerie apenas tenía el alcance de una carabina. Bossuet improvisó con sus manos una bocina, y gritó:

—¡Courfeyrac! ¡Courfeyrac! ¡Eh!

Courfeyrac oyó las voces, vió á Bossuet, dió algunos pasos en la calle de la Chanvrerie, y dijo:—¿Qué

quieres? Palabras que se cruzaron en el aire con estas otras:

—¿A dónde vas?

—A hacer una barricada,—respondió Courfeyrac.

—Pues bien: este sitio es magnífico: hazla aquí.

—Es verdad, Aguila de los Males (1),—dijo Courfeyrac.

Y á una señal suya todo el grupo se precipitó en la calle de la Chanvrerie.

(1) *Aigle de Meaux* y *Aigle des Maux* se pronuncian lo mismo en francés.

III

LA NOCHE EMPIEZA Á DOMINAR Á GRANTAIRE

El sitio estaba, en efecto, admirablemente indicado: la entrada de la calle ancha, el fondo estrecho y en forma de callejón sin salida: Corinto figurando un embudo; la calle Mondétour fácil de cerrar á derecha é izquierda, no siendo posible ningún ataque sino por la calle de San Dionisio, es decir, de frente y al descubierto. Bossuet, borracho, había tenido el golpe de vista de Aníbal en ayunas.

Al hacer su irrupción el grupo, se había apoderado el espanto de toda la calle; todos los transeuntes se eclipsaron, y en un abrir y cerrar de ojos, por todas partes, á derecha é izquierda, las tiendas, los establecimientos, las puertas, las ventanas, las persianas, las buhardillas, los postigos de todas dimensiones se cerraron, desde el piso bajo hasta el tejado. Una vieja, llena de miedo, colgó un colchón delante de su ventana en una cuerda que servía para poner á secar la ropa, con objeto de amortiguar el efecto de la fusilería. La taberna únicamente permanecía abierta, y esto sólo por razón de que allí se había instalado el grupo.—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!—decía suspirando la tía Hucheloup.

Bossuet había bajado á recibir á Courfeyrac.